



Pues sí, alguien me lo tiene que decir, cuando me voy a testar..., cuando sólo veo las cosas desde un prisma..., cuando me ciega el egoísmo..., alguien tiene que hacerme de espejo.

Hace unos días asistí a un acto, que según discurría parecía endogámico. La presentación no tenía los mínimos requisitos que debe tener para una exposición en público, pero nadie se lo había dicho antes a los organizadores y, cuando terminó, tampoco nadie se lo dijo. Es más, tuve la ocasión de preguntarles sobre el acto y me dijeron que “había sido un éxito”, que había mucho público. Pero ellos no habían recibido el sentir de los asistentes, con muchos de los cuales pude hablar.

Muchas veces, creemos que el mundo funciona con la teoría egocéntrica, que solo existimos nosotros y “estos de alrededor que nos han puesto para molestar”.

En la vida las personas e incluso las situaciones, tienen más de una cara, cómo mínimo tienen cara A y cara B.

Seis ciegos y un elefante

Vivían seis hombres ciegos que competían a ver quién era el más sabio.

Un día, discutiendo acerca de la forma exacta de un elefante, no conseguían ponerse de acuerdo. Como ninguno de ellos había tocado nunca uno, decidieron salir al día siguiente a la busca de un ejemplar, y así salir de dudas.

Cuando estuvieron frente a un elefante, uno de ellos se abalanzó sobre el elefante y caer contra el costado del animal. “El elefante –exclamó– es como una pared de barro secada al sol”.

El segundo avanzó con más precaución. Con las manos extendidas fue a dar con los colmillos. “¡Sin duda la forma de este animal es como la de una lanza!”

Entonces avanzó el tercer ciego justo cuando el elefante se giró hacia él. El ciego agarró la trompa y exclamó: “Este elefante es como una larga serpiente”.

Era el turno del cuarto sabio, que se acercó por detrás y recibió un suave golpe con la cola del animal, que se movía para asustar a los insectos. No tuvo dudas, “es igual a una vieja cuerda” exclamó.

El quinto de los sabios se encontró con la oreja y dijo: “Ninguno de vosotros ha acertado en su forma. El elefante es más bien como un gran abanico plano”.

El sexto sabio que era el más viejo, se encaminó hacia el animal encorvado. De tan doblado que estaba por la edad, pasó por debajo de la barriga del elefante y tropezó con una de sus gruesas patas. “¡Escuchad! Lo estoy tocando ahora mismo y os aseguro que el elefante tiene la misma forma que el tronco de una gran palmera”.

Sentados de nuevo bajo la palmera retomaron la discusión sobre la verdadera forma del elefante. Todos habían experimentado por ellos mismos cuál era la forma verdadera y creían que los demás estaban equivocados.

ALGUIEN ME LO TIENE QUE DECIR

Dependiendo de cómo nos sintamos vemos solo una de ellas; hay veces que solo vemos lo malo de los demás y en otras ocasiones solo vemos lo bueno nuestro. El tener cierta humildad e inteligencia para ver las dos partes nos dará una visión más enriquecida, que nos permitirá tener más opciones de elección y de comprensión.

Es una necesidad que alguien nos haga de espejo, que nos haga ver esa cara que no vemos o nos cuesta ver, que nos haga reflexionar. Un espejo no acostumbrado, pues la costumbre daña, quiero decir, la primera vez que vemos una cosa mal hecha, mal dicha, mal colocada, destartada, nos choca; la segunda vez, bueno no tanto... pero las sucesivas ocasiones hace que nos acostumbremos a verlo así.

Suelo comentar que no tiene la visión de los padres está tuerto, pues hay cosas que se ven distintas desde el otro lado. Se trata de girar el tablero y ver la jugada desde otro punto de vista.

Y la edad no debe ser una excusa para no hacerlo. Porque una persona pase ya de los 80, no debemos dejar de decirle qué cosas de las que hace, hacen daño a los demás. Nunca es tarde para aprender.

Toda ayuda debería tener un par de matices: el primero, hablar desde la serenidad, desde la buena voluntad, con el deseo de ayudar. Mucho mejor sería no tener que decirlo, sino conducir a la otra persona para que ella misma se diese cuenta. ¿Cuántas veces nos manchamos de chocolate al comer un helado y no nos vemos hasta que alguien nos lo dice? Pues, de igual manera muchas veces con nuestra conducta, acciones, o formas, vamos “manchados” y no nos damos cuenta.

El segundo matiz incumbe a quien recibe la ayuda. Tiene que ponérselo fácil al otro con una actitud receptiva, aunque nos siente mal, hay que agradecerla. Se trata de cultivar el elemento constructivo de la crítica que nos hará crecer y mejorar.

En muchos lugares de trabajo, colegios, centros de salud..., cuelgan posters que ya amarillean pero que no se quitan “por costumbre”: cuando los posters amarillean también lo hacen las personas.

Debo considerar el mundo como un espejo, ver a la gente que me rodea y sus circunstancias como los profesores que me ha regalado la vida para crecer. Cuando vea a alguien en “modo clave de felicidad”, es un modelo a seguir, cuando veo alguien que lo está pasando mal, la vida me manda un mensaje para que reflexione, unas veces para ser agradecido, otras para espabilar.

Y es que alguien me lo tiene que decir:

- Si mi habitación es un desastre.
- Si voy como una gallina matada a escobazos (como decía mi madre).
- Si mi carácter ahuyenta a la buena gente.
- Si esa ropa me sienta fatal.
- Si las reuniones que dirijo son insufribles y mal estructuradas.
- Si mi trato no es el correcto.
- Si soy un adicto al trabajo, o me escondo en las ocupaciones para no dar la cara a la vida.
- Si mi organización es caótica y me lleva a vivir una vida estresante que altera a mi familia.

● Si estoy esculpiendo una cara de amargura permanente.

● Si soy un padre que estoy creando “un pequeño monstruo” de hijo.

● Si estoy perdiendo mi vida, sin un proyecto de la misma.

● Si el cinturón no me vale, y no le escucho, alguien me lo tienen que decir, pues sino será la vida quien me lo diga por las malas con una enfermedad... o si no me estoy cuidando, alguien tendrá que decírmelo antes de que sea el médico quien me lo diga.

Existe un libro de ilustraciones excelente que se titula ‘Con ojos de niños’, de Frato, que nos hace reflexionar sobre cómo los niños ven el mundo. Este libro nos sorprende con su visión, de igual manera que lo haría si escuchásemos a todos los que están a nuestro alrededor.

Si queremos mejorar, debemos evaluar, y evaluarnos, todo lo que no se evalúa se devalúa.

Hace unos años tuve la suerte de trabajar con Mónica, un crack de la educación, trabajadora, entusiasta, creativa, con un

excelente inglés americano, sobre todo crítica y receptiva.

Todos los años llevábamos a cabo una mañana de talleres con grupos de 100 niños cada hora y con tan sólo cinco minutos entre taller y taller. En ese mínimo descanso teníamos que beber agua, descansar y sobre todo evaluar la actividad para mejorarla para la siguiente sesión. Por lo que, no teníamos tiempo para ser políticamente correctos, nos decíamos todos los fallos rápidamente: “Te mueves mucho, me tapas, habla más despacio, no grites que asustas, séparate de mí para controlar la disciplina cerca de la puerta...”

Durante la duración del taller, siempre estaba con nosotros un compañero que se encargaba de la intendencia. Al día siguiente este compañero nos comentó: “No lo entiendo, os poníais verdes entre sesión y sesión y no os enfadabais”. Así era. A este efecto lo terminamos denominando el “efecto multiplicador”, que nos servía para que el otro la mejorara y dar así un paso adelante.

Por supuesto se puede y debe decir también en clave positiva. Acostumbro a ser generoso en el halago, y espontáneo en lo que me agrada, y disparo con facilidad, un “¡qué guapo estás!, ¡me gusta tu peinado!, ¡qué casa más bonita tienes!, o ¡me encanta como hablas!”. Creo que eso ayuda y mucho.

¡Ah! Y un detalle importante, no olvidemos que “la crítica siempre en privado y el halago en público”

